

Unas palabras de introducción

Escribimos estas breves líneas de introducción a fines del año 1963. El texto que vas a leer, lector, es del año 1945. Cerca de veinte años más tarde algunas palabras de Largo Caballero tienen casi un sabor profético: cuando rehúsa enérgicamente erigir al exilio en exclusivo representante de los destinos de España; cuando insiste con firmeza en señalar que únicamente en las organizaciones del Interior reside la autoridad política y sindical... Desde lo alto de estos veinte años de ilusiones perdidas ¡con cuánta lucidez y con cuánta seguridad nos habla este viejo dirigente del movimiento obrero! Eran los días en que se organizaban gobiernos, partidos, parlamentos, congresos exilados. Con claridad señaló Largo Caballero los peligros de este juego, indicando al mismo tiempo los remedios: los organismos Sindicales y Políticos deben organizarse clandestinamente en la Península: solo ellos tienen la máxima autoridad. «Conformémonos nosotros con el simple título de emigrados.»

Y trabajemos. ¿Para qué? Para ayudar a liberar el país. Caballero señalaba con igual clarividencia las perspectivas de esta acción, que no había de ser nada fácil. Contra tantas ilusiones de la época, el antiguo jefe del gobierno nos dice que el franquismo no abandonará el poder voluntariamente; que no cederá tampoco a la presión internacional; que esta presión internacional, al menos en su aspecto gubernamental, nos abandonará también finalmente, según el famoso ejemplo de la «No intervención», «tragedia para los españoles y comedia para los extranjeros».

¿Dónde buscar pues la fuerza para librar este combate? Largo Caballero nos lo dice también: en nuestro pueblo; en nuestras clases populares, en los obreros, en los campesinos. «A pesar de mi odisea, el pensamiento lo tenía embargado siempre por la preocupación de cuál sería la situación de nuestro país», nos dice con sólida fé en las virtudes de su pueblo, patriotismo obrero que no debe confundirse con el patriotismo de «guitarra y castañuelas» que denuncia unas líneas antes.

Su fé en el porvenir arraiga en esta convicción: nuestros pueblos fueron derrotados; pero no vencidos. «A pesar de todo, el franco-falangismo desaparecerá; como el nazismo y el fascismo». Cuando llegue este momento que sólo nuestra acción podrá precipitar, Caballero quiere que estemos preparados. Y, brevemente, con su prosa sencilla y clara de trabajador, con la riquísima experiencia política

del hombre que hizo frente a las fuerzas de la reacción dirigiendo la gigantesca lucha de nuestras clases obreras, con la firmeza y lealtad del socialista que se opuso siempre a las influencias extrañas que intentaron desvirtuar los objetivos de la revolución hispánica, Caballero señala el camino a seguir.

Para nosotros, en esta segunda parte que podríamos llamar constructiva o programática, las palabras de Caballero cobran todavía más valor. Ya no es el profeta o el «astrólogo espontáneo» que el tiempo ¡ay! ha confirmado en sus pronósticos y advertencias. Es, como decíamos, el dirigente obrero, el líder socialista y ugetista, el antiguo jefe del gobierno central que señala las finalidades de la lucha. Cuanto dice es hoy, para nosotros, más válido que nunca. La exigencia fundamental, para él, es el restablecimiento de la libertad, y con ello señala la táctica que debía haberse seguido desde el año 1.945, en vez de empeñarse en plantear falsos problemas institucionales. Y con la libertad —y también con muchos sacrificios— a reconstruir el país.

Y aquí Caballero insiste mucho —y es su segunda reivindicación fundamental— en unas afirmaciones políticas muy importantes, que son muy poco conocidas y, para nosotros, particularmente interesantes, porque —por encima de diferencias de vocabulario— coinciden con las preocupaciones federalistas de los Socialistas y Sindicalistas catalanes —y de todos los pueblos de España. Consideramos fundamentales estas reivindicaciones, no únicamente «para que figuren en los programas», sino como una exigencia primerísima de la reconstrucción social, política y económica peninsular. Como una base también, de la vida democrática que debe animar esta reconstrucción.

Caballero escribe: «Sin una transformación radical de las estructuras político-administrativas del estado español, no será posible incorporar a la mayoría de los españoles a la obra inmensa de la reconstrucción». Y a renglón seguido viene una vigorosa crítica de «esta caricatura» de los departamentos franceses que ha sido el régimen unitario y centralista que aprisiona la libertad e impide la expansión de la democracia, oponiendo a este régimen provincial, «esqueleto sin músculos», las perspectivas de un sistema federal.

¿Qué deberán hacer los pueblos de España una vez librados del corsé centralista que los oprime?. Construir la democracia, construir el socialismo. La mitad de este folleto señala los caminos, indica los obstáculos, fija algunos objetivos. Y en todas sus páginas, firme, ineludible, está la condición primera del hombre que hizo frente a los peligros totalitarios fascista y nazista y a otras presiones: Plenas libertades para construir. Sin el ejercicio constante de las libertades fundamentales, la democracia es falsa y no hay, en realidad, progreso social. En esta afirmación de la libertad, no sólo como fin, sino como medio, radica, también, a nuestro entender, otro aspecto fundamental del pensamiento de Largo Caballero.

Hoy, cuando incluso las comunistas, que tanto le combatieron, parecen darle la razón denunciando con el nombre de «culto a la personalidad» una parte de los crímenes de la dictadura Stalinista, conviene más que nunca ver clara esta cuestión. No se trata, en efecto, de simples «vicios subjetivos». Se trata de problemas fundamentales de una República de Trabajadores que lo sea efectivamente y no sólo de nombre. Suprimiendo las libertades fundamentales, instaurando el partido único, encadenando los sindicatos al partido y al Estado, desembocamos en una dictadura burocrática

capaz de derivar hacia la más terrible tiranía. He aquí el mayor de los peligros que amenaza toda construcción socialista. Y frente a él, Caballero señala los remedios: libertad sindical, la plena autonomía de las organizaciones sindicales obreras frente al Estado y en relación con los partidos, la auténtica vida democrática basada en el irrenunciable uso de las libertades fundamentales en el seno de las células básicas de la vida social, —el sindicato, el municipio—, igual que en las estructuras superiores que regirán la vida del país: las diversas Asambleas elegidas por sufragio universal.

¿Para qué continuar? Era necesario este folleto. Si el pronóstico del fracaso político de la emigración era digno de llamar la atención, es infinitamente más necesario todavía estudiar el pensamiento político y social de Caballero. En efecto, España va entrando hoy en uno de los momentos más graves de su historia. El problema de la sucesión, es decir, de la liquidación del franquismo, está planteado. Franco habla del «Movimiento que sucederá al Movimiento», pero todo el mundo sabe que eso es falso, entre otras cosas porque el famoso «Movimiento» está profundamente dividido, como están divididos y viejos los generales victoriosos en la guerra civil. Entramos pues, lenta pero inexorablemente, en este periodo constituyente que, dada la situación del país, puede ser de nuevo trágico. Entramos en este periodo con muy pocas estructuras políticas y sociales que nos permitan afrontarle, aunque últimamente se esfuerzan los grupos democrata-cristianos en acelerar su constitución. ¿Y las izquierdas?. Es para contribuir a llenar este vacío en el campo socialista que nos ha parecido necesaria la edición de este folleto.

El trabajo que nos espera es arduo. Pero no imposible de realizar. El elemento positivo para afrontar esta gran tarea es que, a pesar del esfuerzo de veinticinco años de propaganda, el franquismo no ha podido mantener vivo el abismo de la guerra civil salvo en el sector de los fanáticos, y, por el contrario, día a día, ese abismo se va llenando con la voluntad de las nuevas generaciones que rehúsan la violencia, quieren vivir libres y convivir en paz. Pues bien, en esto Caballero ha sido un precursor. «Oponerse a todo espíritu de revancha»; «considerar la guerra civil como una catástrofe nacional» y «no hacer diferencia entre las víctimas de las dos partes para llevar la tranquilidad a los espíritus».

Estas palabras las escribió Largo Caballero el año 1.945. Hoy, veinte años después, son más actuales que nunca, y en torno a esta posición se agrupa ya la inmensa mayoría de los núcleos políticos y sindicales del país. Con ellas terminamos esta introducción, convencidos que por sí solas constituyen un programa de gobierno para los que tendrán la dura tarea de suceder a estos largos años de dictadura que FRANCISCO LARGO CABALLERO hubiera querido evitar.

LOS EDITORES.